

DERMATOLOGIA Y ARTE. EDICION 198.
POESIA
EUGENIO MONTEJO

LA TERREDAD DE UN PÁJARO

La terredad de un pájaro es su canto,
lo que en su pecho vuelve al mundo
con los ecos de un coro invisible
desde un bosque ya muerto.
Su terredad es el sueño de encontrarse
en los ausentes
de repetir hasta el final la melodía
mientras crucen abiertas los aires
sus alas pasajeras,
aunque no sepa a quién le canta
ni por qué,
ni si podrá escucharse en otros algún día
como cada minuto quiso ser:
más inocente.
Desde que nace nada ya lo aparta
de su deber terrestre,
trabaja al sol, procrea, busca sus migas
y es sólo su voz lo que defiende
porque en el tiempo no es un pájaro
sino un rayo en la noche de su especie,
una persecución sin tregua de la vida
para que el canto permanezca.



*Nacido en Venezuela, en 1938, reivindica para la poesía latinoamericana la abolición de las fronteras políticas: pertenecemos más a nuestra época que a nuestro país, pues hay familias poéticas, identidades verbales que no siempre coinciden con las demarcaciones geográficas. La poesía de Montejo se ha caracterizado por el espesor y la rica gama textual, aun por la recreación naturalista y mítica, además de la pasión constructiva y el casi perfecto control del desarrollo del poema, que excluye lo divagatorio y deshilvanado. Cualquier poema suyo parte de un punto y vuelve a él, pero para enriquecerlo, para dejarnos ver la amplitud de su recorrido y las sucesivas relaciones que va generando. Es, además, de los pocos poetas hispanoamericanos de hoy que tienen un sentido tan exigente de las formas verbales. Ha publicado, entre otros, los libros: **Elegos** (1967). **Muerte y memoria** (1972), **Algunas palabras** (1977), **Terredad** (1978), **Trópico absoluto** (1982) y **Alfabeto del mundo** (1986). Es autor también de dos colecciones de ensayos, **La ventana oblicua** (1974) y **El taller***

blanco (1983), así como de un volúmen de escritura heteronímica, **El cuaderno de Blas Coll** (1981).

Ha recibido importantes galardones por su obra literaria y le ha servido a su país en el campo diplomático como embajador en Lisboa durante varios años.

En 1998 recibió el Premio Nacional de Literatura. Uno de sus poemas es citado en la película 21 gramos, del director mexicano Alejandro González Iñárritu.

Hace 3 años recibe el Doctorado Honoris Causa Universidad de Carabobo. Inolvidable primer encuentro con el genio, con el "último de los poetas".



"Eugenio al hablar.....acaricia con las palabras. Cuando él lee lo que escribe.... comprende uno por qué los cantos de sirenas hicieron temblar a Ulises..."(Raquel Ramos).

ORATORIA.

Discurso de orden dictado por el Dr. José Napoleón Oropeza en la oportunidad del otorgamiento Doctorado Honoris Causa Universidad de Carabobo al poeta Eugenio Montejo.

LA TERREDAD SIN TREGUA

Eugenio Montejo, a quien se le otorgó en la ciudad de México, el día martes 02 de agosto de 2005, el VII Premio Internacional de Poesía y Ensayo *Octavio Paz*, galardón que obtuvo, tras la decisión unánime de un jurado integrado por 31 poetas y que recibió, en acto solemne, de manos del Presidente de México Vicente Fox, fue reconocido por sus extraordinarios aportes a la literatura hispanoamericana, como poeta y ensayista de talla excepcional. Después de haber publicado diez volúmenes de poesía, cinco obras de ensayos y un libro de poemas para niños, escrito por uno de sus heterónimos, Eduardo Polo, y editado en el año 2004, bajo el título de *Chamarío*, recibió este laurel consagratorio, luego de una intensa labor poética, a lo largo de toda su existencia.

Desde *Elegos*, libro de poemas publicado en 1967, hasta *Papiros Amorosos*, editado en el año 2002, se evidencia y se hace palpable un recorrido poético por los temas recurrentes de la invención de una memoria mítica y familiar, que torna inconfundible su estilo, el ansia formal que, en Montejo, se perfila, desde los años de su inicio en el oficio de poeta, en la voluntad de fundir mito y memoria, vida y muerte cotidiana plasmadas y fundidas en un halo mágico.

En su obra, todo signo en el poema fija y desfija la memoria mítica y familiar para, de esa manera, crear una visión original del génesis. La conciencia de un tiempo primigenio que se dibuja y desdibuja, de manera constante, a través de un fundido de voces, de puntos de vista, tiempos y espacios, para ir en la búsqueda y dibujo de las imágenes de un universo cercano, familiar, convertido en mito, en imagen arquetípica, en universo plural:

*La luz derrumba los castillos
donde flotábamos en sueño;
queda su tufarada de ballena
en nuestro espejo opaco...
Ya erramos cerca de Saturno,
ahora la tierra gira más despacio.
Temblamos solos en el medio del mundo
y abrimos la ventana
para que el día pase en su barco.
Anoche nos dormimos en un país tan lejano.*

La conciencia de un tiempo real , y a la vez mítico, permite gozar de una musicalidad en las cuales las imágenes de lo cercano y de lo lejano, de lo inmediato y de lo absoluto, nos introducen en un universo en el cual la cotidianidad se vuelve un bello caos, convivencia de varios tiempos en uno, o eliminación del tiempo para asumir la metamorfosis de historias y de seres, como única verdad:

*Hablan poco los árboles, se sabe.
Pasan la vida entera meditando
y moviendo sus ramas.
Basta mirarlos en otoño
cuando se juntan en los parques:
sólo conversan los más viejos,
los que reparten las nubes y los pájaros,
pero su voz se pierde entre las hojas
y muy poco nos llega, casi nada.*

*Es difícil llevar un nuevo libro
con pensamientos de árboles.
Todo en ello es vago, fragmentario.
Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
de un tordo negro, ya camino a casa,
grito final de quien no aguarda otro verano,
comprendí que en su voz hablaba un árbol,
uno de tantos,
pero no sé qué hacer con ese grito,
no sé como anotarlo.*

El torbellino rítmico de las cosas, de los hechos que se funden en un solo ser, intercambia esencias, muda la naturaleza de los seres y torna la noción de tiempo, en una experiencia hermosa y única .
Errantes, atravesamos edades, pasamos de la conciencia del árbol y

sus reflexiones, sus movimientos constantes, en sus ramas que reparten visiones de nubes y de pájaros, al fluir de la materia. La supremacía de un tiempo para siempre mítico: estamos siempre en el génesis, en el caos de los orígenes.

Las casas, los árboles, los rostros, los espejos, las velas, las calles, las sillas, los pasos, los padres y los hijos son algunas de las imágenes y símbolos recurrentes de un espacio y de un tiempo que espejean para metamorfosear sus esencias y volver ubicuo todo ser, toda experiencia humana. Así, advertimos que la presencia de una constante en la concepción del tiempo como eterno retorno, pareciera ser el gran tema del quehacer de Montejo. Pero un retorno que pasa por la extrapolación de espacios, por la confluencia de edades y rostros, de historias y de conciencias en un solo instante, un instante convertido en ser heterogéneo, proteico y, a la vez, tan elemental como la piedra, como palabra de los poetas presocráticos:

*La casa donde mi padre va a nacer
no está concluida,
le falta una pared que no han hecho mis manos.*

*Sus pasos, que ahora me buscan por la tierra,
vienen hacia esta calle.
No logro oírlos. Todavía no me alcanzan.*

*Detrás de aquella puerta se oyen ecos
y voces que a leguas reconozco,
pero son dichas por los retratos.*

*El rostro no se ve en ningún espejo
porque tarda en nacer o ya no existe,
puede ser de cualquiera de nosotros,
---a todos se parece.*

*En esa tumba no están mis huesos
sino las del bisnieto Zacarías,
que usaba bastón y seudónimo.
Mis restos ya se perdieron.*

*Este poema fue escrito en otro siglo,
por mí, por otro, no recuerdo,
alguna noche junto a un cabo de vela.*

*El tiempo dio cuenta de la llama
y entre mis manos quedó a oscuras
sin haberlo leído.
Cuando vuelva a alumbrar ya estaré ausente.*

En el año 1978, nuestro poeta publicó *Terredad* donde aparecía un texto maravilloso, profundo, que, nunca jamás, terminaremos de leer. Como tampoco, a lo largo de nuestra vida, terminaremos de contemplar los espejos que cielo y aguas forman en la superficie de nuestros ríos en América: el Orinoco, el Amazonas, el Missisipi, el Canaguá, el Caroní, al amanecer o cuando anochece y los muertos y los vivos dialogan a la luz del sol o de la luna, cortando la lluvia con cuchillos de oro: *Güigüe 1918*.

Este poema se une a la gran estirpe de los grandes poemas escritos en lengua castellana. Parecía engendrar un gran remolino, una enseada, un punto de llegada en la poesía de Montejó, un nudo, el primer gran nudo de su creación. Allí reaparecen, con la fuerza del Génesis, el gran tema del mito del eterno retorno, del tiempo y espacio transfigurado en el pozo de una palabra inventada por un nuestro poeta: **terredad**, lugar de todos los encuentros y de todas las transfiguraciones presentes como materia y **elán** de su poesía.

Casa y espejo de transfiguraciones.

Desde *Elegos* (1967) hasta *Papiros Amorosos* (2002) el poeta ha fundamentado su quehacer poético en la propuesta (o búsqueda) de un universo en el cual las imágenes establecen un diálogo y coexistencia de realidades tangibles y signos arquetípicos que crean la ilusión, así relacionadas, transfiguradas, de una comunión entre cielo y tierra. A manera de un eterno vaivén une las esencias de ambas instancias para establecer una sola esencia: la esfericidad de un mundo en permanente rotación. No existe memoria sin muerte, ni muerte sin memoria. Vivir en la tierra, es viajar, a

cada instante, arrastrados por el sol que nos recorre como todos los astros. La terredad, en fin, crea el espacio de las transfiguraciones: mudanzas por el mar o en el tiempo. Las cosas, como los espejos nada retienen, ni tan siquiera rayos de luz:

*Mudanzas de uno mismo, de su sombra.
en espejos con pozos de olvido
que nada retienen.
No ser nunca quien parte ni quien vuelve
sino algo entre los dos,
algo en el medio;
lo que la vida arranca y no es ausencia,
lo que entrega y no es sueño,
el relámpago que deja entre las manos
la grieta de una piedra.*

Ninguna palabra como ésta que se borda en su poesía afirma, de manera rotunda, que se habita un espacio u otro, que el padre antecede al hijo, el hijo al padre, o que nos miramos al espejo y descubrimos la línea de nuestro rostro a la luz de una vela. La llama que, a ratos, ilumina sólo graba la instancia de una línea, o un punto que se desvanece con absoluta rapidez. Cuando la llama vuelva a alumbrar, quien se veía en el espejo ya ha muerto, o estará ausente. El tiempo no existe; todo conforma tan sólo un hermoso amago de realidades y espejismos. No de otra manera, percibiremos lo real.

La luz que irradia desde cada una de las imágenes, de verso a verso, en la poesía de Eugenio Montejó, tienen el encanto y la magia seductora de sentir y de experimentar, cómo irradia un cosmos en una palabra, y en otra y en otra. En nuestra lengua sólo habíamos experimentado antes tal vivencia en la poesía de San Juan de la Cruz, en las páginas de esa extraña novela llamada **Pedro Páramo** del gran escritor mexicano Juan Rulfo, en la poesía de Vicente Gerbasi y ese gran mago que fue Juan Sánchez Peláez. Toda la poesía de Eugenio Montejó, constituye, por otra parte, la puesta en verso de la hermosa y profunda lectura que del universo realizaron Parménides de Elea y Heráclito de Efeso. Aunque vivimos en futuro ("Nadie se baña dos veces en un mismo río. Primero, porque, a nuestra vuelta,

el río se fue y segundo, porque quien vuelve al río es otro”) ,
tomados por un raptó, por ritmo de susurro (“de algún susurro nace
una ventana”), cada imagen nos lleva a descubrir, en el instante de
cada poema, la totalidad de lo existente.

Cada imagen se presenta de un poema a otro, transformada
por el poder mágico y maravilloso de una palabra transmutadora.
Pero estas medidas, temporales y espaciales de sus símbolos
recurrentes, no anudarán el sentido de las mutaciones. Los gallos
cantan. Los gallos son fantasmas. La silla gira y atormenta. La silla
permanece quieta. Los muertos reaparecen tras el verdor de hojas.
Persistirá, siempre, el amago final:

*Dios me movió los días uno tras otro,
dio vuelta con sus soles hasta paralizarme
como un gallo ante un círculo de tiza.
Me quedé inmóvil viendo girar el mundo
en esferas errantes y volátiles
aquí en mi cuerpo y afuera entre las cosas.
Cambió de casas la ciudad, de calles,
y entre las calles el rumor de las voces...*

Dios moviendo las cosas, mutando los hechos. Dios que no da
treguas. La terredad sin tregua, devolviendo relámpagos y fulgores
en la piedra para reafirmar, así, la redondez de un mundo, de
universo de amagos y espejismos. Cada poema de este gran poeta
supone una experiencia inolvidable, en el reconocimiento del ser y
sus múltiples transformaciones primigenias. Cada imagen se vuelve
anverso y reverso de un ciclo de renovación continua, en hermosa e
insaciable conflagración de lo uno y de lo múltiple. Lo divino y lo
humano, lo real y lo mítico, sólo suponen un tránsito infinito. Son lo
mismo lo vivo y lo muerto, tan sólo excusa para establecer un
diálogo, el hermoso itinerario de ascensión hacia los dioses o la
convivencia de éstos con nosotros. Un intercambio de vida, de
muerte y de vida, como la marea:

*Estar aquí por años en la tierra,
con las nubes que lleguen, con los pájaros,
suspensos de horas frágiles.
A bordo, casi a la deriva,*

*más cerca de Saturno, más lejanos,
mientras el sol da vuelta y nos arrastra
y la sangre recorre su profundo universo
más sagrado que todos los astros.*

*Estar aquí en la tierra: no más lejos
que un árbol, no más inexplicables;
livianos en otoño, hinchidos en verano,
con lo que somos o no somos, con la sombra,
la memoria, el deseo, hasta el fin
(si hay un fin) voz a voz,
casa por casa,
sea quien lleve la tierra, si la llevan,
o quien la espere, si la aguardan,
partiendo juntos cada vez el pan
en dos, en tres, en cuatro,
sin olvidar la parte de la hormiga
que siempre viaja de remotas estrellas
para estar a la hora en nuestra cena,
aunque las migas sean amargas.*

Entre el gerundio perpetuo y los espejismos de un acá, de un ahora, el ser se debate, en los poemas de Montejo, en un instante que lo lleva, que nos transporta a todas las direcciones posibles. Moramos, para siempre, en un grano de luz que se mueve en todas direcciones para crear, tras variados e intensos remolinos, un punto de llegada, la ilusión de un camino recorrido, de un final, de un principio que nos llevará al inicio de un mismo tránsito. Tras el rapto de una palabra que inventa para eternidades, el sentido de la multiplicidad del ser. Nada, jamás, volverá a ser lo que fue: será por siempre parte de un río que nunca termina de pasar. Para que, así, perviva y renazca en el ser, el amago de un nudo final, cada vez que una hoja resplandezca en el verdor de su moriencia. Cualquiera sea el verso, palabra o poema que habitemos en su poesía un tiempo y un espacio queda, siempre, superpuesto a la otra, como la gota de un río, la línea sobre otra línea en un dibujo. Que se fundan o confundan los tiempos, padres e hijos, qué importa, siempre se emprende el viaje placentero a la semilla: vacío, caos en el cual se precipita todo el universo, todo lo que amamos. La roca y la nube, el sol y la noche,

para siempre, en una línea, en el estremecimiento de un punto, de una hoja, reunidos en un solo instante.

*La poesía cruza la tierra sola,
Apoya su voz en el dolor del mundo
Y nada pide
---ni siquiera palabras.*

*Llega de lejos y sin hora; nunca avisa;
tiene la llave de la puerta.
Al entrar siempre se detiene a mirarnos.
Después abre su mano y nos entrega
una flor o un guijarro, algo secreto,
pero tan intenso que el corazón palpita
demasiado veloz. Y despertamos.*

José Napoleón Oropeza

Las Eluvias III, amanecer del día Sábado 10 de septiembre de 2005.



*José Napoleón Oropeza nace en Puerto Nutrias en 1949. Narrador de las nuevas generaciones que hace uso de técnicas novedosas como el diálogo interior. Ha publicado *La muerte se mueve con la tierra encima* (1971), y *Las redes de siempre* (1976).*

JOSÉ NAPOLEÓN OROPEZA O DE LA RECONQUISTA DE LOS SANTOS LUGARES. Reconocimiento a nuestro querido José Napoleón en la cruzada por la reconquista del Ateneo de Valencia.

José Carlos De Nóbrega

*Un perro ladra lejos
detrás del bosque negro.
Y le contesta otro perro
detrás de otro bosque
más lejos...*
Ernesto Cardenal.

Lamentablemente el caso del Ateneo de Valencia ha ganado espacio en la prensa nacional y regional, sin que se haya planteado una discusión seria y sentida en torno a la política cultural del estado Carabobo. La confrontación por la institución, su infraestructura, su inventario y patrimonio artístico ha estado subordinada a la inmediatez de corte político electoral. He aquí que tendremos dos competencias plásticas y dos concursos literarios: homónimos, paralelos, políticamente correctos o no. Incluso una artista plástica comentaba a viva voz que enviaría sus obras a los dos Michelena: el Salón y la Bienal; no sabremos si en un afán irónico, oportunista o pecuniario. Recientemente, Yon Goicochea –cuya nariz es alérgica a las botellas vacías de agua mineral- se asomó con una escuálida cohorte a retomar simbólicamente (?) uno de los santísimos sepulcros de la cultura local (nos referimos a la similitud fonética entre las palabras museo y mausoleo, como bien la observara Adorno). Un día después, Don Flavio intentó en vano persuadir a los trabajadores / tomistas a devolver el inmueble en tanto ornamento rococó de la perfecta valencianidad (no importa si a la sombra del samán confundamos a Bach y Beethoven en uno solo: Ludwig “Bach” Beethoven, Naguanagua, 1964, compositor y arreglista emérito de Calle 13, miembro de una secta budista light –de armas tomar- y adelantado practicante del aikido; a tal efecto, consúltese en la Enciclopedia Secreta y Miscelánea de Richard Montenegro). Por fortuna, los verdaderos artistas de la imagen y la palabra componen su obra en silencio, más allá de la comedia de las equivocaciones protagonizada por los que aún pretenden detentar el poder en cuatro cuadras a la redonda, los burócratas y operadores políticos, mequetrefes de siempre que no impedirán a la poesía cantar la cotidianidad de la gente que se ama, detesta y reconcilia en un vínculo imprescindible con la vida.

Es precisamente José Napoleón Oropeza el protagonista o la voz cantante de este sainete encantador y provinciano. Oriundo de Puerto Nutrias, se radicó en Valencia muy joven, desarrollando su obra literaria, académica y político-cultural. José Napoleón comprendió que para ocupar espacios de poder en esta ciudad, es menester reivindicar a la godarria local: el Ateneo sería entonces uno de los motivos que integrarían el discurso heráldico de la Valencianidad. La cultura es arabesco que suma al prestigio social: adornar las paredes con cuadros que no significan impacto estético ni vital alguno, tan sólo fútil alarde de riquezas habidas en la compulsión del lucro y el contubernio con gobiernos corrompidos. No hay duda: impuso su

personal vocación por el poder –en una locación si se quiere claustrofóbica- sin importar lo que le resta al conjunto de su obra narrativa y ensayística, ni el bienestar de los trabajadores con los cuales compartió el Ateneo como el terrateniente que aflige al campesino, mucho menos la democratización del acceso a los bienes culturales. No nos mueve en este artículo una intención descalificatoria en lo político, sino más bien deplorar la mezquindad humana: no cuestionamos entonces el tránsito de la centroizquierda a la periferia ultraderechista, sino echar a los mendigos del templo con palabras que asemejan patadas en el culo; no reparamos en los disfraces pseudoreligiosos y ultramontanos con los que pretende obnubilar a los entrevistadores, sino la pervertida displicencia del patrón en honrar y respetar a sus trabajadores; mucho menos nos interesan sus afinidades electivas, sino la imposición unidimensional de sus gustos y caprichos político-estéticos en la conformación de la pobre atmósfera cultural de Valencia que excluye a las comunidades, los estudiantes y –en especial- a la clase trabajadora. Sabíamos, por obra y gracia del escepticismo, que la renuncia de José Napoleón Oropeza a la presidencia del Ateneo era un recurso dilatorio para rehacer las fuerzas de la reacción: Agrupó a un casting decepcionante de seres complacientes y ensimismados en su egoísmo, saltimbanquis de oficio, curadores de pacotilla todos los días de la semana, iconoclastas que delatan movimientos estudiantiles, lectores de currículum vitae sin fin en actos académicos, especuladores de feria y patrimonios; se trataba entonces de reconquistar las prebendas de un modelo rentista que aún no hemos logrado sacarnos de encima – nuestra cultura organizacional amerita de un cataclismo para dirigirse a un verdadero cambio revolucionario-. Al punto de hipotecar la institución para demandar a los trabajadores / tomistas -demanda número 54027 como lo señala uno de los volantes proletarios- y orquestar una campaña mediática plena de verdades a medias y mentiras que rayan las mil repeticiones.

Sin embargo, detrás de la arrogancia del poderoso se esconde el miedo atávico de los que llamaba Don Teodoro Láscaris *los conservadores*: Es, por ejemplo, la actitud disociada de ciertos habitantes de El Trigal, cuando cerraron las calles de la urbanización en una flagrante violación del derecho al libre tránsito, pues temían que los cerrícolas perturbaran su decadente prosperidad bovina; lo que les resta a esa clase media trasnochada es embalsamarse a perpetuidad en un mar de bolas de naftalina. Efectivamente, como lo dice León Trotsky, no es la dictadura del proletariado una organización cultural que crea una nueva sociedad, sino un orden de combate revolucionario por conseguirla. Sólo que no puede ejemplificarse en experiencias abusivas tales como la Revolución Cultural China, el Realismo Socialista de corte stalinista, ni la barbarie del régimen de Pol Pot camboyano. La discusión del tema cultural en Valencia y el resto del país debe exceder los diques de la contención burocrática de un lado y de otro, es por lo tanto obligante incorporar

a los hacedores y a los espectadores –de variopinta extracción- en un diálogo crudo, horizontal y autocrítico. La Cultura sin Comuna es un contrasentido, una pose alcahueta y ridícula de los sabiondos y taumaturgos trizados por la ácida pluma de Molière. A José Napoleón le aterra el acto revolucionario de un obrero leyendo la poesía de Teófilo Tortolero o Antonio Machado, o riendo conmovido el divertido canto poético a la vida de las Cartas Animadas de Georges Méliès. Charles Chaplin persiste en hacer astillas de los policías, los agentes de inmigración y los pésimos servidores públicos. Ernesto Cardenal, por su parte, les espeta a los señorones que secuestran y parcelan la Cultura el veneno de su poesía conversada:

*Las orillas de las islas son un cristal puro,
y uno ve el lecho del mar.
Allí llantas, plásticos, bacinillas...
Y sobre las basuras los peces de colores.*

Valencia de San Simeón el Estilita, 24 de febrero de 2008.

Colaboración de la Dra. Raquel M Ramos M.

EL ARTE DE DECLAMAR

Poema: El Viento es un caballo (Pablo Neruda)

Declama: Pher (solista del grupo Mana)

[Clic aquí para escuchar en formato Mp3.](#)